

nos, y su convento de Santo Domingo es aún el templo suntuoso donde se da culto á la imagen querida de las bellas almerienses.

Este convento, situado casi extramuros de la ciudad, va á ser, en parte, teatro de las escenas principales de este libro, y por eso conviene que fijemos en él una ojeada, no con la curiosidad del artista, sino con el afán del investigador.

Entre una huerta espaciosa, al lado, por el oriente, de la risueña campiña, teniendo al mar por límite hácia el Mediodía; casi rodeado por gigantescos álamos negros, era el antiguo convento un lugar de estudio para los amantes de las letras y un sitio de descanso para los hombres fatigados por los azares de la vida.

Como el recinto era espacioso y saludable, la munificencia monacal ofrecía generoso asilo á multitud de personas que habían hecho bien por el convento; así es que siempre había en el refectorio una mesa aparte para aquellos que tenían el privilegio de ser admitidos ya temporal, ya indefinidamente en la religiosa casa.

Hacia años, esto es, por los de 1797, poco más ó menos, que uno de aquellos *padres síndicos*, que tenían las órdenes religiosas en las localidades de sus provincias, había venido á pedir hospitalidad al mencionado convento; y aunque estos *padres síndicos* eran seglares y nada tenían que ver con la regla é instituto de la orden, siempre se amoldaban á las costumbres de la casa, acabando no tan sólo por identificarse con ellas, sino por adquirir la índole, hábitos y condición de los regulares.

El *padre síndico* de quien principiamos á ocuparnos, había sido antiguo sargento de Guardias españolas. De resultas de una herida recibida en la guerra de Ruissellon, se hubo de retirar bastante joven al pueblo de su naturaleza; allí había heredado de su padre el *sindicato* de los padres de Santo Domingo, el cual desempeñó á plena conciencia por espacio de tres años, hasta que viudo y no muy provisto de dineros, se fué al convento, por la referida época de 1797, seguro de que los padres dominicos le acogerían con su habitual generosidad.

Así sucedió, en efecto, y el antiguo sargento de Guardias españolas principió á darse la vida de un rey, si es que dicha vida consiste en no trabajar y en comer á las mil maravillas.

Dentro de aquella existencia regalona, principió á tener escrúpulos y remordimientos. No hacer nada, vivir sin pensar en las necesidades del momento, pasarse las horas muertas mano sobre mano, era para el antiguo militar bastante penoso; por lo que queriendo ser útil en algo, y después de echarse sus cuentas, pidió y obtuvo del superior del convento el cuidado, dirección y labranza de la huerta, cuya gracia le fué otorgada tan luego como fué pedida.

Ya en esta nueva existencia, viviendo, por decirlo así, á las sombras de los árboles; oyendo sin cesar el gorjeo de las aves; viendo florecer bajo su inteligente observación toda clase de plantas leguminosas, nuestro hombre se transformó casi de repente, perdiendo el aspecto marcial que le distinguía, y llegando á ser conocido bajo el nombre de *Fray Benito*, á pesar de no tener nada de comun con la orden de Santo Domingo, ni de vestir el blanco y negro hábito de la comunidad.

Dos años después, esto es, por el de 1799, era fray Benito un hombrecillo regordete, colorado, saludable como una manzana, á pesar de su herida, y risueño como una fuente, que pasaba su vida en el convento, consagrado al cultivo de la huerta, y dedicado en las horas de ocio á rezar y á dormir, según las circunstancias.

No se sabe á punto fijo si dormía más que rezaba, ó rezaba más que dormía; esto es una cuestión que no ha podido resolverse aún; por lo demás, fray Benito era un hombre que se llevaba bien con todo el mundo, que cultivaba perfectamente sus legumbres, que vendía á un precio muy razonable las que le sobraban después del consumo ordinario de su convento, y que sabía llevar cuentos al padre guardian, quien por esta circunstancia tan solo lo tenía muy admitido en su gracia.

Había más todavía. Fray Benito era de esos séres demasiado cándidos ó demasiado sagaces que siempre tenían la risa en los labios. Se reía por todo; lo mismo cuando le repicaban, que cuando tocaban á muerto. Su risa era un cáustico para unos, una espontaneidad para otros, una inquietud para varios.

A tal grado llegaba aquella risa perpetua, que un día recibió la noticia de que un hermano suyo se había quebrado una pierna, y soltó una carcajada.

Tal era fray Benito, físicamente hablando.

En cuanto á su organización moral, era otra cosa. No tenía más que dos puntos de partida: su iglesia y su huerta; el alma para la una, el cuerpo para la otra. Se adhería tan perfectamente á estas dos localidades, que como el pez fuera del agua, se hubiera ahogado á no estar dentro de ambas.

Cuando en el último rincón del coro escuchaba, ya los graves rezos de la comunidad, ya la salmodia acompañada de los salmistas, ya los espléndidos acordes del órgano, el bueno de fray Benito sentía reírsele el alma y se le *abrian las pajarillas*, como vulgarmente se dice por ahí.

Y cuidado por eso de abrirse las pajarillas: es una cosa grave, regrave y gravísima; pero como esto le pasaba á fray Benito, bueno es que lo consignemos

aquí, por más que pueda ofenderse en ello el idioma castellano.

¿Y qué diremos de sus goces en la huerta? Entónces era cuando estaba en su verdadero elemento; entónces era cuando con una mirada distinguía la hoja que había sido devorada por los gusanos, cuando anatematizaba el imprudente pié que le había medio desbaratado el caballo que separaba las berenjenas de los tomates; cuando bendecía su magnífica era de lechugas, cuando azotaba con un escobón á una nube de cíñfes que en fantástica espiral revoloteaba sobre su cabeza, y cuando con una regadera de mano no dejaba de pulir y charolar las abiertas hojas de la parra, cuyos racimos se ostentaban orgullosos debajo de la verde bóveda que los cubría en los hermosos días del otoño.

Él era el rey de la huerta, y en diversas ocasiones tuvo el atrevimiento de oponerse á las órdenes del padre prior cuando éste le mandaba arrancar ésta ó aquella planta.

La plánta no se arrancaba sino con su cuenta y razón.

Muchas veces salía el superior derrotado en la contienda.

Y todo esto lo hacía el antiguo sargento riéndose siempre, por aquello de que siempre se reía. Era la risa más inofensiva que podía conocerse.

Una tarde de las últimas de primavera, el buen padre síndico debía regar una era de pimientos y había de vender otra era de lechugas.

Las lechugas del convento de Santo Domingo eran celebradas diez leguas á la redonda. Nunca se habían comido hojas tan tiernas, cogollos más sustanciosos ni tronchos más delicados. Todo el mundo se ocupaba en comprar de estas legumbres, y fray Benito tenía sobrado que hacer en cobrar por cada lechuga á razón de cuatro maravedís.

Así que abrió la puerta de la huerta entró un torrente de mozas y mozos de servicio, haciendo cada cual su demanda.

Fray Benito cobraba, daba lechugas y reía.

Dos horas duró esta ocupación.

Había hecho un buen negocio.

En la era de lechugas apenas quedaban dos ó tres.

Una de ellas, particularmente, era muy hermosa; era lo que se llama una gran lechuga.

Se estaba poniendo el sol, y nunca hubo un cielo más despejado, un aire más puro, una naturaleza más dormida y transparente.

Los árboles de la huerta parecían globos de esmeraldas, en cuyo seno cantaban un millón de pájaros, que son los más incansables músicos de la creación.

La noria de la huerta lanzaba acompasadamente sus gruesas bocanadas de agua. El cuadro era delicioso.

Fray Benito se puso á contar los cuartos. A cada peseta que juntaba lanzaba la sonrisa más placentera; cuando contó un duro la risa se convirtió en carcajada.

¿Pero qué pasó en aquel momento, que el militar dejó caer los cuartos al suelo, y acaso por la vez primera se puso serio, muy serio, formalmente serio, horriblemente serio?

¿Qué pasó? Nada; una cosa muy sencilla.

Es que acababa de entrar una muchacha en la huerta.

II.

LA QUE ENTRABA.

Entraba una muchacha como de diez y ocho años, vestida al estilo del país, y peinada de ese modo al que tanto osado y provocativo que tan bien sienta á las jóvenes cuando éstas son bonitas, alegres y traviesas.

Verdad es que á últimos del siglo pasado, las muchachas como la que nos sirve de tipo, no tenían ese corte campesino que Wateau ha sabido dar á sus más bellos modelos, pero tenía algo de las doncellas tímidas de Greuse, lo cual era mucho más modesto, pero mucho más seductor también.

Era morena; de ese color que se asemeja al bronce resplandeciente, y que á veces tiene los reflejos del oro; tenía ojos negros, unos ojos grandes y rasgados, todos inundados de luz; una nariz fina, algo remanada por la punta, algo abierta por la respiración; nariz provocativa, capaz de insultar á todos los marineros de Levante y de Poniente; poseía una boca entreabierta como un clavel rojo; unos dientes más blancos que la misma blancura, y yo no sé cuántas cosas más.

(Se continuará.)

NUESTROS GRABADOS.

RECEPCION DE LA EMBAJADA MARROQUÍ.

La llegada de la embajada marroquí ha sido uno de los acontecimientos más importantes de las dos últimas semanas. Por esta razón publicamos en este número el grabado que representa la recepción de dicha embajada en el regío alcázar, ceremonia que tuvo lugar el día 22 de Noviembre último á las dos de la tarde.

Seis carruajes de palacio, uno de ellos tirado por un solo tronco, y los otros cinco por seis caballos perfectamente enjaezados y con el lujo que despliega para estos

casos la corte de España, fueron los encargados de conducir desde el hotel de París á la plaza de la Armería al embajador, secretarios y agregados. Un caballerizo de campo, un correo de gabinete y la escolta de caballería acompañaron hasta palacio á los representantes del emperador.

S. M. el rey, acompañado de los ministros y de la alta servidumbre, recibió en el salon del Trono al gobernador de Tetuan, enviado extraordinario de su majestad sarrifiana. Lo mismo á la entrada que á la salida de palacio, la guardia exterior hizo al embajador los honores que le corresponden por ordenanza.

ESCENA DE OTOÑO.

Nuestros lectores hallarán en este número una reproducción exacta del último cuadro del reputado artista Fermin Girard, que obtuvo una medalla en la última exposición anual de París. Los prometidos esposos, pues este es el asunto del cuadro, rodeados de sus padres, parientes y amigos, dan un paseo por un frondoso bosque en una plácida tarde de otoño. La gallarda figura del afortunado amante y la serena y púdica hermosura de la novia, aparecen en primer término, elegantemente ataviados y mostrando la felicidad de que se hallan poseídos. La composición es delicadísima.

LA RISA DE LA BELDAD

Bella es la flor que en las auras
Tranquilamente se mece:
Bello el iris que aparece
Después de la tempestad:
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella;
Pero más que todo es bella
La risa de la beldad.

Despreciando los peligros,
Tal vez un joven guerrero,
Deja por el duro acero
La dulce tranquilidad:
¿Quién su corazón enciende
Cuando á la lucha se lanza?
¿Quién anima su esperanza?
La risa de la beldad.

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad:
Y ¿quién el curso detiene
De su cólera siniestra?
Y ¿quién desarma su diestra?
La risa de la beldad.

¿Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento?
¿Por quién olvida un momento
Su pérdida libertad?
Y ¿quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira?
¿Quién sus acentos inspira?
La risa de la beldad.

Una suerte inexorable
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad.
Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
La risa de la beldad.

JOSÉ PEON CONTRERAS

(poeta mejicano).

ADVERTENCIA.

Desde este número la Dirección y propiedad de la CRÓNICA UNIVERSAL ILUSTRADA pertenecen al Sr. D. Manuel Rodríguez, continuando al frente de la dirección artística el Sr. D. Gaston Marichal, quien podrá de este modo consagrarse con más tiempo y espacio á los importantes trabajos artísticos de nuestra publicación, que esperamos mejorar cada semana.

Este cambio no influye nada para que nuestros corresponsales lleven la misma contabilidad, solamente que se sirvan dirigir la correspondencia á nombre de D. Manuel Rodríguez, plaza del Biombo, número 2, Madrid.

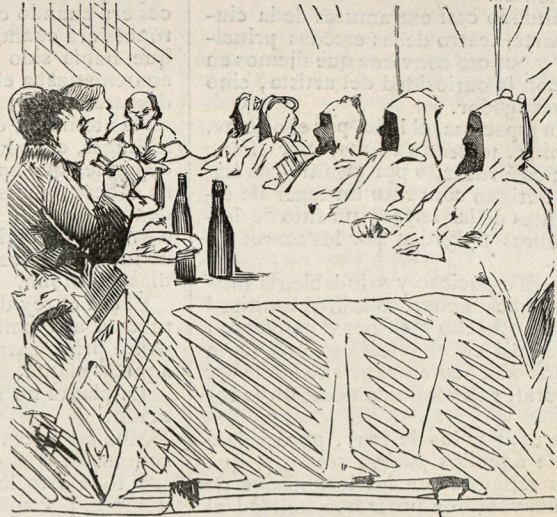
OTRA.

Habiéndose agotado casi por completo los ejemplares que teníamos de la CRÓNICA DE LA GUERRA, suplicamos á nuestros corresponsales no admitan ninguna suscripción á dicha publicación, no siendo al precio de veinte reales cada colección de trece números.

EMBAJADA MARROQUÍ.



A tal amo, tal criado.



Actitud animadísima que reinó entre los obsequiados.

TURQUÍA.—ESTADO ACTUAL DE LA GUERRA.



En los círculos bien informados se tienen por seguros los preliminares de paz entre Turquía, Rusia, Montenegro y la Sérvia.

FRANCIA.—SITUACION POLÍTICA.



Cordial inteligencia que reina entre conservadores y republicanos.

ESPAÑA.—SUCESOS POLÍTICOS.



Vuelve á preocuparse la opinion de la actitud del señor Posada Herrera. La CRÓNICA UNIVERSAL podrá informar en secreto á cuantos quieran saberlo, de la que tomará este importante hombre público en la próxima madrugada.

TEATRO REAL EL DIA DEL ESTRENO DE UN ARTISTA.



Convertido en una plaza de toros.

FRANCIA.



Alegría de los electores republicanos al ver el sufragio respetado.

MR. BIDEL Y COMPAÑÍA.



Por la muestra, es probable la residencia perpétua de monsieur Bidel en Madrid.

CRÓNICA UNIVERSAL ILUSTRADA

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y POLÍTICA, MODAS Y ACTUALIDADES DE EUROPA Y AMÉRICA

ESCRITO POR LOS MAS CÉLEBRES AUTORES

ILUSTRADO POR LOS MEJORES ARTISTAS Y CON ACTIVOS CORRESPONSALES EN EL TEATRO DE LA GUERRA Y PRINCIPALES CIUDADES DEL MUNDO.

Cada número semanal consta de ocho grandes páginas en folio á tres y cuatro columnas, y contiene numerosos grabados.

Precio: UN REAL cada número en toda España (pagado en el acto de recibirlo).

Se suscribe en las principales librerías y por medio de los señores corresponsales y repartidores de esta Empresa.

No se exige á los señores suscritores cantidad alguna adelantada.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á los Sres. Rodríguez y Marichal, PLAZA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID.